



JOSEFINA  
ARAOS

# La fe que resiste en medio de la crisis



JOSEFINA ARAOS

Subdirectora de Investigación, Instituto de Estudios de la Sociedad

Aunque pasó el momento en que estuvo en la primera plana de los diarios, la Iglesia católica se encuentra aún sumida en la profunda crisis abierta por los abusos cometidos en su interior. La crisis no se originó únicamente por la existencia de figuras que, como Karadima, abusaron tan brutalmente de su poder, sino también por la constatación de una red institucional ciega en el mejor de los casos, cómplice en el peor, de sus actos, y que les permitieron operar con total libertad por mucho tiempo. La gravedad de los hechos es de tal magnitud –en su recurrencia y en sus características particulares– que dejó en el suelo a la institucionalidad y sus autoridades, mientras alejaba y silenciaba a miles de fieles. Algo así toma tiempo repararlo. Se suma a esto el hecho de que los abusos salieron a la luz en medio de un proceso más largo de secularización, expresado, entre otras cosas, en una creciente desidentificación de la sociedad chilena con la fe católica, que pareció consolidarse con este escándalo. Es como si los abusos hubieran venido –pensarán algunos– a dar el golpe de gracia a una institución que ya estaba en decadencia, destinada, como un resabio, a desaparecer.

Todo esto se agrava si consideramos que el conocimiento de nuevos abusos y el esclarecimiento de los ya identificados no se detiene. Ejemplo de esto, a nivel internacional, es la noticia de hace pocas semanas que informó que el Vaticano supo muy temprano de los abusos de Marcial Maciel, fundador de los Legionarios de Cristo y uno de los casos más tristemente emblemáticos de esta historia. No

hay para qué detenerse en el detalle, pues sigue los patrones de siempre: una notificación que conduce a ciertas advertencias y castigos, pero que no se ejecutan, porque en el camino aparecen encubridores y protectores que los dejan sin efecto. Se produce así, como ya se ha visto, una alianza fatal entre abusadores y cómplices, por un lado, y autoridades e institución, por el otro, demasiado dispuestos a ceder a la idea de que aquí no pasó nada, o de que no es tan grave como parece. Es como si se gatillara una suerte de evasión, de resistencia a aceptar los hechos y lo que ellos implican. Porque exige un trabajo demasiado grande, a ratos inabordable.

Es que, aunque fuera uno solo, el abuso sexual toca algo muy profundo: su ocurrencia encarna la negación probablemente más prístina de la vocación de la Iglesia. Porque se trata del desconocimiento deliberado de la indisponibilidad de la persona humana y de la violación consecuente de su dignidad. Ella no es más rostro de Cristo, no es ya evidencia del misterio y la gracia de Dios, sino que se ha reducido simplemente a un instrumento, una cosa disponible para uso y goce de otro. De otro que estaba, qué tragedia, a su cuidado. El estatus de custodio entrega una potestad demasiado radical, con la que se puede emprender la más bella y delicada tarea –acompañar a otro en el destino que Dios le pone solo a él por delante– o ejercer el dominio más brutal. Y como la Iglesia no es ajena al mal de toda la humanidad, en ella también puede manifestarse nuestra miseria. Así, hemos tenido versiones paradigmáticas de la segunda alternativa:

figuras que, frente a lo que Dios puso en sus manos, decidieron disponer de ellas a voluntad.

Demás está decir que lo ocurrido al interior de la Iglesia no tiene solo que ver con ella. El destape de casos de abusos se ha dado en múltiples ámbitos, y hoy todas las relaciones sociales parecen atravesadas por una sospecha latente respecto del otro, que se revela por momentos como pura amenaza. Esto tiene algo de paradoja: sociedades modernas como las nuestras aspiran a versiones cada vez más realizadas de liberación y horizontalidad, y, sin embargo, pareciera que solo aumentan las experiencias de dominio, abuso, maltrato. Y ello no se explica simplemente por un supuesto despertar, en que de modo repentino las personas habrían tomado conciencia de un abuso que existió siempre y ya no tienen margen de tolerancia frente a él, sino por la aparición de formas nuevas y sofisticadas de dominación, propias de nuestra era. No por azar fue durante el siglo XX que intelectuales de la talla de Theodor Adorno o Max Horkheimer denunciaron el imperio de una racionalidad instrumental que, sin contrapesos, hacía cada vez más improbable una experiencia de la realidad, del mundo y de uno mismo, que escapara a esos criterios. Disciplinamiento, rutinización, uniformización, estandarización, en fin, los procedimientos ordenadores y eficientes van copando todas las instancias, borrando la individualidad, haciéndonos equivalentes unos con otros, prescindibles, descartables, disponibles. ¿Dónde somos aún alguien?

La respuesta admite muchas formas, pero para la Iglesia el camino de reconstrucción institucional posterior a la crisis de los abusos pasa por encontrar ese lugar. No bastarán los protocolos, los juicios, las sentencias y compensaciones. Será necesario, si acaso se aspira a una reconstrucción real, ir en busca, o más bien volver sobre aquellas prácticas concretas en que se hace efectiva la experiencia de ser, justamente, alguien. No por perfectas, sino por reales. Y una fundamental es la devoción, que en Chile y América Latina tiene la forma histórica y resistente de la religiosidad popular y su riquísima



“El destape de casos de abusos se ha dado en múltiples ámbitos, y hoy todas las relaciones sociales parecen atravesadas por una sospecha latente respecto del otro, que se revela por momentos como pura amenaza. Esto tiene algo de paradoja: sociedades modernas como las nuestras aspiran a versiones cada vez más realizadas de liberación y horizontalidad, y, sin embargo, pareciera que solo aumentan las experiencias de dominio, abuso, maltrato”.



Fotografía: Patricio Ogalde.

tradición cultural. La misma semana que se supo que el Vaticano guardaba registros de los abusos de Maciel desde 1953, el Templo Votivo de Maipú coronaba con sus bancas atestadas de gente una fiesta a la Virgen del Carmen que llenó calles e iglesias en distintas partes de Chile. Sorprende el contraste: mientras la institucionalidad de la Iglesia a nivel mundial sigue recibiendo la embestida de un escándalo que parece no acabar, la devoción popular se reproduce y muestra más fuerte que nunca. Allí no hay indicios de la sospecha que invade tantos espacios de nuestra vida social; allí el otro no es más amenaza. Porque el creyente sabe que no es sino en la realidad del mundo y de los demás que se constata la existencia de Dios y la sobreabundancia de su gracia. ¿Cómo no celebrar?

"Nuestro mundo son los demás", dijo monseñor Fernando Chomali en su sermón en el Templo, como confirmando finalmente qué es lo que hace Iglesia a la Iglesia. No una estructura de poder, sino

una institución que se deriva de una fe sostenida en la convivencia. Porque no creemos solos, sino con otros: Dios no se deriva de una convicción subjetiva, sino del hecho de que llegó como alguien al mundo, y si no es yendo al encuentro del otro –de su amistad, de su cuidado–, no podremos alcanzarlo nunca. Eso es lo que nos recuerda la devoción popular y es ese el camino de recomposición que ofrece: restablecer y actualizar los lazos que nos vinculan a unos con otros, para seguir haciendo experiencia de ser alguien, para mantener un espacio de aprendizaje en que valemos simplemente por ser quienes somos. No por lo que hacemos, no por lo que aportamos. Solo por haber venido al mundo a dejar testimonio de que, pudiendo no ser, somos. <sup>®</sup>